

# ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 411

Madrid, 8 de Diciembre de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.

## LA MINORÍA ILUMINADA

**D**ÓNDE está la fuerza real y efectiva de una colectividad religiosa? Para los espíritus superficiales, aves de vuelo bajo y vista corta, en el número de los que la componen. Si la colectividad no cuenta sus adheridos por millones, si no abarca una buena porción de los ciudadanos de un país, poco vale y poco pesa. Hay que despreciarla, si no oprimirla. Lo que contra ella se haga es justo, ya que sólo sirve para romper la maravillosa unidad religiosa de quienes están acordes porque tiempo ha cesaron de ocuparse de los asuntos del espíritu. Los pocos no tienen derecho a pensar ni a sentir. Que se pongan de acuerdo por telepatía unos cuantos millones de ciudadanos y entonces podrán tener mayor o menor razón, según sean más o menos en número.

Para otros, y éstos ya van un poco mejor orientados, la fuerza real y verdadera de una colectividad religiosa estriba en la calidad de las personas que la forman. ¿Hay entre los adheridos figuras prestigiosas? ¿Está encauzada la colectividad por grandes pensadores? ¿Brilla con el fulgor de algún espíritu esclarecido? ¿Puede actuar sobre la filosofía, las letras, las artes, la política de su tiempo? ¿Hay algún gran místico o apóstol que irradia su calor espiritual hasta el mundo exterior? «No contáis con personalidades» — dicen a los movimientos nacientes los que así piensan —; «citadme siquiera una gran figura.»

Son muy pocos los que no miran ni el número de los adherentes ni la presencia o ausencia de grandes caudillos en los movimientos espirituales, sino se fijan en el contenido de verdad, de bondad, de fuerza espiritual que lleven en sí. Y, sin embargo, son estos pocos los que van acertados.

Nuestro Señor Jesucristo (esto se ha dicho muchísimas veces y tendrá que decirse muchísimas veces más) ganó para sí y para sus doctrinas y espíritu, no la mayoría de su nación, ni tampoco los hombres más brillantes de ella. No tuvo a su favor ni el número ni la calidad. Bien sabemos que aquellos pescadores del lago de Tiberiades y aquel cobrador de tributos no eran ni tan pobres ni tan ignorantes como a menudo se los presenta. Con todo, eran hombres sencillos y sin letras, no un Filón ni un Gamaliel. Y fué a estos hombres y a otros como

ellos a quienes el Maestro dijo: «No temáis, manada pequeña, porque al Padre ha placido daros el reino» (San Lucas, XII, 32).

¡Palabra altamente consoladora para nosotros los evangélicos españoles! No somos tan pocos como nuestros contrarios se figuran, pero somos «manada pequeña». No carecemos en absoluto de caudillos nobles y desinteresados, pero no hay entre nosotros esos prestigios intelectuales o políticos que se imponen al mundo. No es que nunca los tuvimos, pues entre los mártires de la Reforma en el siglo XVI había de lo más florido de la nación española. Ahora hay seguramente en las mismas zonas muchos Nicodemos. Algún día saldrán y arrostrarán el peligro como lo arrostró aquel miembro del Sinedrio. Pero el hecho es que sería vano y pueril alardear de grandes figuras. La palabra alentadora del Salvador es buena para nosotros, porque no se basaba en la calidad de los caudillos que aquel grupo fiel pudiese llegar a tener. El más caracterizado de ellos era capaz de negar que conocía a Jesús si se lo preguntaba de cierto modo una pobre criada.

La fuerza de aquellos hombres era que Dios les había encomendado los intereses de su glorioso reino. ¡A ellos! A los oscuros pescadores de Galilea. Aunque no hubieran entendido del todo a Jesús, le habían querido entender al menos, y estaban dispuestos a recibir la verdad que Él les comunicase. Habían *sintonizado* sus almas con el alma del Señor Jesucristo, y en ésta palpitaba la misma Divinidad. La armonía había resultado tan grata en las alturas, era tenida por tan importante y transcendental en el cielo, que al Padre Celestial había placido dar a aquella manada, pequeña y débil, el «Reino»; ese mismo Reino que era quitado de las multitudes fanáticas y mundanas, con ojos que no veían, oídos que no oían y corazón incapaz de arrepentimiento.

Aquella era una *pequeñísima* minoría, pero una minoría iluminada. Pequeñas mentes quizá, pero que acogían grandes verdades; débiles corazones, pero inflamados de nobles entusiasmos; gente insignificante, pero con una misión universal. El Reino era su asunto y su herencia.

¿Por qué no se ha de repetir el mismo fenómeno aquí, entre nosotros, en esta España, tan semejante en su condición

espiritual a la sociedad judaica? Cuando en nuestros momentos de más pura reflexión consideramos la alteza de las verdades que forman nuestra heredad espiritual y la insignificancia de nuestra colectividad y de nuestras personas, el temor se apodera de nuestro ánimo y decimos, como Francisco de Asís, según la leyenda del Monte Alvernia: «¿Quién eres Tú, dulcísimo Señor y Dios mío, y quién soy yo, vilísimo siervo tuyo?» La desproporción nos anonada. Pero sobre todo sentimiento humano está la palabra del Señor: «¿Y qué, si mi potencia en la flaqueza se perfecciona?»

Y así ocurre, que en una sociedad donde, según el obispo de Tarazona, no conocen la Biblia ni los mismos sacerdotes, nosotros la conocemos, la leemos diariamente, la amamos. Rodeados del espectáculo de un culto fastuoso, en lengua desconocida; tributado muchas veces en honor de seres que no son el Ser Supremo; sazonado con todos los localismos que hicieron decir a un profeta de Israel que había llegado a haber tantos dioses como ciudades, nosotros hemos oído y entendido aquella magnífica palabra del Señor que nos dice: «Dios es Espíritu, y es necesario que le adoren, los que le adoran en Espíritu y en Verdad»; y así tratamos de darle culto, poniendo nuestra alma en contacto real con la Divinidad misma. En medio de millones de personas que, aun deseando amar a Jesucristo, no se han percatado de que Él es único, única su Obra, y hablan de «corredentores», y de «mediadores», y de «méritos» nosotros tenemos al Cristo grande, expresión acabada del amor de Dios, Redentor perfecto de nuestras almas y Autor y Consumador de nuestra fe. Entre multitudes de personas sencillas, que no se atreven a dirigirse a Dios si no interponen la intercesión de un santo o santa o de la bendita Virgen, nosotros hemos recibido el espíritu de adopción que nos hace clamar ¡Padre! al dirigirnos al Señor de ciejos y tierra. Moviéndonos en un ambiente de sombras y temor respecto a la vida futura aun de los creyentes; viviendo en una tierra donde hasta Teresa de Jesús, que deseaba morir para ver a Dios y «morir porque no moría», hablaba del tiempo en que ella estaría en *Purgatorio*, nosotros vemos nuestro sendero a la vida eterna, iluminado por el resplandor que



sale del sepulcro vacío de Cristo, y creemos, con San Pablo, que morir es estar «presentes al Señor». Son las ideas la fuerza de nuestra pequeña colectividad; son ellas las que triunfarán, o a lo menos *deben* triunfar, que esto es lo importante.

Y por contraste con otros sectores de nuestra nación, también nos encontramos dueños de ideales luminosos. ¡Hay tantos desencantados con la desfiguración del Cristianismo en nuestro pueblo que renuncian a toda fe en él! Quizás lo aman, pero no pueden menos de temer que resulte una mentira bella. Nosotros sabemos que es la suprema verdad. Más pura que la más pura de las concepciones humanas es la realidad misma de Jesús. Como dijo un Padre de la Iglesia, «nuestro Señor no se llamó a sí mismo la Tradición, sino se llamó la Verdad». Cristo es la Verdad, y nada que es falso pertenece a su sistema de doctrina; Cristo es el Amor, y puede normalizar y hacer fraternales todas las relaciones entre los humanos; Cristo es Alfa y Omega, principio y fin de todas las cosas, y todo lo bueno recibe de Él su iniciación y su feliz coro-

namiento. El porvenir le pertenece, y por lo tanto, pertenece a quienes le comprendan, le amen y le sirvan. Y esto, no por la fuerza personal de ellos, sino porque con la revelación de Cristo está aguardando realizarse el Reino de Dios, meta de un plan eterno.

El materialismo, el ateísmo, el agnosticismo, son difícilmente posibles y carecen de toda justificación ante el Cristo de los Evangelios. Pero son actitudes más peligrosas en nuestro país que en otro alguno, sencillamente porque pueden apoyarse en la distorsión eclesiástica de la figura sublime del Salvador. La pequeña minoría evangélica representa una valiosa reserva de fe depurada para los días de quiebra espiritual que pueden venir. Ella salvaguarda los intereses de la verdad contra la superstición, y los intereses de la fe contra la negación. Estos son los intereses del Reino de Dios, no los palacios y las joyas, no los templos suntuosos o los privilegios terrenales.

No temas, manada pequeña, que es muy grande lo que se te ha encomendado.

mina hasta el último rincón de nuestro ser; conoce mejor que nosotros mismos los más íntimos pensamientos; no escapan a su sabiduría los más recónditos sentimientos del corazón. Él solo es capaz de juzgar al hombre. Él solo es capaz de tener misericordia del alma que humilde se llega a sus plantas y le pide perdón por medio de Cristo. Y Dios perdona. Es muy posible que si el confesor fuera directamente el ofendido, por las múltiples faltas del confesando, no perdonara.

— El confesor — señala mi amigo — no perdona por su cuenta y razón; lo efectúa en nombre de Dios.

— Usted conoce — contesté yo — la historia del rey David, sus triunfos, sus pecados... Pues, bien; sabido es de todos que David organizó y consolidó los oficios del templo. Allí tenía al Sumo Sacerdote, los levitas instruidos en la ley de Moisés, músicos y cantores, maestros en la liturgia y en la salmodia; tenía una serie de profetas, y entre ellos Nathan, el enviado de Dios, para describirle su pecado en la forma tan precisa, noble y valiente como él lo hizo; y, sin embargo, no se confiesa David a nadie, ni llama a Nathan para hacerle confesión; sino que se acerca a Dios, y dice: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia... porque yo reconozco mis rebeliones y mi pecado está delante de mí... A Ti, a Ti solo he pecado y he hecho lo malo delante de tus ojos. Purifícame, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve... Esconde tu rostro de mis pecados y borra todas mis maldades». (2.º Samuel, 12, y Salmo 51.)

— Eso — insinúa mi acompañante — sería en la ley antigua; pero ahora estamos en la ley evangélica.

— Perfectamente — contesto —; usted recordará cuando presentaron al Señor un paralítico, y le dice: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Marcos, 2, 5), cómo el pueblo, escandalizado, decía: «¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?» (Marcos, 2, 7). Y el pueblo decía una gran verdad. Tan grande, que el Señor no la contradujo, ni les amonestó indicándoles a su madre o a sus discípulos como perdonadores de pecados. El pueblo, al exclamar «¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?», había dicho una gran verdad, enseñada por Dios mismo, y el Señor quiso que esa hermosa y sublime verdad que encierra en sí la prerrogativa divina del perdón, quedara así por los siglos de los siglos. Más adelante, el ladrón en la cruz, después de reconocer sus pecados que acusa humillación y contrición, le reconoce como Dios y le dice: «Señor, acuérdate de mí cuando vinieres en tu reino»; y el Señor, que veía lo que Él solo puede ver, le dice: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lucas, 23, 40-43). Y así, amigo mío, podíamos extendernos mucho, citándole enseñanzas apostólicas donde vemos que la confesión debe hacerse a Dios, y que Él sólo puede perdonar; mas no quisiera terminar sin citarle

## LA CONFESIÓN Y EL PERDÓN

MUCHO lamento, querido amigo — decía yo a mi interlocutor —, que esté usted tan mal informado con respecto a la confesión que Dios ha ordenado y practicamos los cristianos evangélicos. Nosotros reconocemos que el pecado va dirigido primeramente contra Dios, y, por lo tanto, a Él, que es el ofendido, es a quien confesamos nuestros yerros, faltas y pecados, que, como humanos, tenemos todos los hijos de Adán que pisan la tierra.

— Pero ustedes — indica mi amigo — no pasan por la vergüenza que supone el ponerse delante de otro semejante y pedirle perdón, ni cumplen lo indicado por el apóstol Santiago, que dice: «Confesaos vuestras faltas los unos a los otros».

— Vayamos por partes — le digo —. Nosotros no tenemos que confesar nuestros pecados a nadie, cuando sólo Dios es el ofendido por ellos; pero tenemos la obligación delante de Dios de confesar nuestras faltas los unos a los otros cuando hay alguien perjudicado por nuestra culpa. Si yo, por ejemplo, le infiero a usted un daño, mi deber es ir a usted y pedirle perdón, y su obligación es perdonarme; mas si con mi pecado no infiero daño a ningún semejante, ¿qué le impor-

ta a nadie mi vida íntima? Y si nada le importa, ¿cómo puede hacer justicia y misericordia? Reconozco que la persona ofendida puede medir la importancia de la ofensa y, con nobleza de alma, perdonar a quien perdón le demanda; pero, ¿cómo puede un ser humano constituirse en juez de la conciencia de su prójimo? Y si no puede ni debe, ¿quién me asegura a mí, aun suponiendo en el confesor la mejor voluntad, que ese hombre es capaz de hacer un fallo justo de mi pecado? ¿Quién me garantiza que ese señor ha podido, al compás de mi exposición de culpa, hacer un juicio microscópico de las circunstancias de mi voluntad, de las agravantes o eximentes de mi culpabilidad? Si yo mismo, o usted, reos de pecado, no podemos comprender ni abarcar todas las circunstancias que median en el mismo, ¿cómo puede hacerlo otro? Y aquí viene una pregunta de importancia. Ese hombre que dice: «Yo te perdono», ¿se ha dado cuenta absolutamente exacta de mi mal? Y si por una o varias causas no ha sabido o no ha podido hacerlo, ¿cómo podemos usted o yo volver a casa tranquilos con una duda tan horrible? Mas no ocurre así con Dios. Cuando el cristiano va a su Padre y, como el pródigo, le dice, arrepentido: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti»; cuando reconoce su culpa, y humilde cual el publicano, exclama: «Dios, sé propicio a mí, pecador»; cuando el hombre se pone delante de Dios para hacerle una confesión, es inútil que finja, es inútil que mienta, es inútil que desfigure la verdad, porque Dios ve el corazón. Su omnisciencia exa-

### SUMARIO

La minoría iluminada. — La confesión y el perdón (Florentino Tornadizo). — ¡Dios mío! (Miguel Bancalero Rueda). — A través de la Prensa: La Biblia y la predicación (Manuel Graña). — La obra misionera en África (Ángel Palomeque). — La Rosa de Pasión (José Moreno). — El Domingo de la Prensa. — Información Evangélica. — Bajo la influencia de Calvino, por Débora Alcock. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

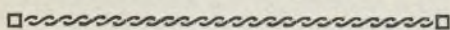


a usted la enseñanza del apóstol San Juan, el cual dice: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad; pues la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado» (1.ª Juan, 7, 9). ¡Ojalá que estas enseñanzas le lleven a usted a dejar viejas rutinas y acuda usted en confesión a Dios, el cual le oye y le perdona! Entonces podrá usted, lleno de gozo, unirse al clamor de júbilo de todos los redimidos que formamos la Iglesia militante y, agradecido, cantar con el salmista: «Bendice, alma mía, a Jehová, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias...»

Así continué leyéndole despacio todo el hermosísimo Salmo 103, y mi acompañante escuchaba con fervor religioso.

Se acercaba la estación de destino; los arreboles matutinos se dibujaban en el Oriente, llevando alegría al alma; un poco más tarde se dibujó la órbita solar, y entonces, dando una mano a mi compañero, le dije: —Mire, amigo, la misericordia de Dios. «El hace que su sol salga sobre buenos y malos» (Mateo, 5, 45). Dios haga que el sol de gloria penetre en su corazón, para que desaparezcan de él las tinieblas, los errores, las supersticiones en que ha vivido usted hasta el momento presente.

FLORENTINO TORNADIJO.



## ¡DIOS MIO!

*Vibrante el tumulto, colérico ruge  
gritando: ¡¡al hereje!! con gran impiedad,  
y fiero, azaroso, en un fuerte empuje,  
derriba mi cuerpo su bestialidad.*

*Y emprendo el camino de lo incierto en pos,  
porque dije: «¿Todos no somos hermanos?  
¿Por qué no adoramos a idéntico Dios,  
nuestro Padre Eterno, Dios de los humanos?»*

*Sin fuerzas, llorando y huyendo del mundo,  
sentí el peso amargo de inmenso dolor;  
mas dentro del alma llevaba el fecundo  
anhelo de Cristo, el gran luchador.*

*Llevé el menosprecio en mi alma sellado.  
La mano de hierro brutal de la gente  
quitó la semilla que yo he derramado,  
buscando, tan sólo, la fe de un creyente.*

*Hice ver de Su alto poder la grandeza,  
el bello camino que traza el Dios bueno,  
y comparé al cielo de eterna belleza  
su corazón noble de ternura lleno.*

*Amor quise siempre que todos tuvieran  
y no rechazaran el bien prometido;  
pues todos aquellos que sufriendo esperan  
hallarán la patria de Cristo por nido.*

*Mas luego, sin fuerzas, en tierra caí,  
y en cruz redentora mi alma soñó,  
y, amante, mis brazos al mundo extendí,  
cual Cristo los suyos piadosos abrió.*

*Volvi tras mi gozo, buscando la Era  
que fulguraría en siglos de luz;  
¡oh Padre, que dicha tan grande sintiera  
si por esta causa muriese en la cruz!...*

MIGUEL BANCALERO RUEDA

## A TRAVÉS DE LA PRENSA

### La Biblia y la predicación.

ES un hecho, por triste que sea, que la predicación se ha divorciado de la Biblia. El sabio Obispo de Tarazona, al afirmarlo, propone inmediatamente el remedio: un método práctico y eficaz de volver a la fuente de la predicación. Este método se condensa en el áureo libro cuyo título encabeza esta crónica. Que el pueblo católico español no lea la Biblia, pase; pero que no la lean tampoco los sacerdotes, obligados a predicar su contenido, es cosa que lamenta el doctor Gomá, con todo su celo por la educación religiosa y moral del pueblo cristiano. Muchos abusos y muchas negligencias han pervertido la elocuencia del púlpito, de noble tradición en la patria de fray Luis de Granada y Juan de Ávila; pero ninguno ha influido tanto en la decadencia de nuestra predicación como el olvido incomprendible de la Sagrada Escritura.

¿Pero será esto porque la forma literaria de los Libros Santos no tiene aquella elocuencia que ilumina las almas y mueve los corazones? Aunque no fuese palabra de Dios, sus mismas bellezas las colocarían entre los primeros libros del mundo; cosa que desde luego ha sucedido; ahora que, para la inmensa mayoría, es como si no sucediera. La Biblia es toda una literatura, y de las más interesantes de la Humanidad, además de ser una revelación de Dios a los hombres. Sin embargo, por esto mismo que es la Revelación, el *Verbum Domini*, al adoctrinar el pueblo cristiano, de ella deben salir la doctrina y el ejemplo. La Biblia tiene una grandeza sobrenatural de orden específico; no es ya una pieza cualquiera del gran edificio espiritual, donde viven las almas; es todavía algo más: la base y esquema del edificio mismo. Es, por otra parte, la historia auténtica del sobrenaturalismo en la Humanidad, «divino esfuerzo para retenerla, fugitiva de su Centro y Principio, en la ruta que lleva a Dios».

Esta palabra de Dios la custodia la Iglesia, y por medio de sus ministros llega a los últimos confines de la tierra. También debía llegar a todos los rincones de nuestra amada nación; pero el olvido del Texto sagrado es tal, que en las ciudades el «cientifismo» y «sociología», y en los pueblos la rutina y la ignorancia, hacen de modo que el pueblo español apenas sepa lo principal de su contenido. Para orientar a los predicadores de la palabra de Dios ha escrito el Obispo de Tarazona *La Biblia y la predicación*. El autor declara que no conoce ninguna obra que haya abordado ese tema; es una manera modesta de decir que no la hay. Es un síntoma desconsolador; pero con ello dicho se está lo necesario que era un libro semejante.

Puesto que el predicador debe acudir a este divino tesoro a fin de distribuir sus riquezas a los fieles, es preciso que sepa

utilizar los elementos oratorios de la Biblia para su fin. El doctor Gomá, profesor de exégesis homilética durante algunos años en el Seminario Pontificio de Tarragona, ha resumido en los quince capítulos de su libro los preceptos y direcciones que su experiencia, celo y doctrina no escasos le iban sugiriendo, a medida que realizaba el plan de su obra. Los que hemos leído otros libros del mismo autor sabemos hasta qué punto extrema en éste la claridad, la sencillez y el deseo de ser útil, propios de los que como él escriben para edificar, en el sentido estricto del término. Tan libre está de un vano alarde de farragosa erudición, tan nociva en libros didácticos, que el último capítulo, dedicado al «estudio de la Biblia en orden a la predicación», al mismo tiempo que señala unos cuantos libros, limita extremadamente el círculo de conocimientos que el predicador debe tener acerca de los Libros Sagrados. En efecto; el estudio «científico» de la Biblia tiene poco que ver con la edificación espiritual, propia y ajena, que de su lectura debemos sacar. Mucho se ha escrito y discutido acerca de las dificultades y obscuridades e interpretaciones de los Libros Santos; pero todo ello apenas tiene importancia para el caso. «Ha pasado ya — dice el señor Gomá — toda la literatura bíblico-científica alrededor de la cosmogonía mosaica. Hoy Moisés no dice más de lo que dice. Dice mucho; pero nada dice, o casi nada, de lo que amigos y adversarios quisieran que dijera y le obligaron a decir.» También ha pasado la «tormenta hipercrítica». Por lo tanto, otro es el método que el predicador debe adoptar para sembrar en el pueblo fiel la semilla que él ha de recoger en la Sagrada Biblia. El sabio autor le va indicando, con ese método, los libros que ha de consultar y el modo de hacer la «lectura directa».

Sin ella se perderá lo mejor. No hay introducción ni comentario que la supla. Lo menos que se puede decir es que el estudio de la Biblia no se parece en nada al de cualquier asignatura del Seminario; es de toda la vida, porque es fundamental para el sacerdote, tanto para su vida interior, para el ejercicio de su ministerio en el púlpito y fuera de él. El autor da reglas y consejos para hacer esta «lectura directa» con fines oratorios, lo cual no excusa, naturalmente, un buen comentario.

Con estas líneas presentamos a los lectores de *El Debate* el libro del doctor Gomá. Lo recomendamos, naturalmente, a los sacerdotes; pero los fieles cultos no dejarán de encontrar en él un auxiliar provechoso para leer, con aprovechamiento espiritual y doblado placer estético, las innumerables y supremas bellezas que contiene el «Libro de los libros».

MANUEL GRAÑA

(De *El Debate*, de Madrid.)

**Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA**

Ayuntamiento de Madrid



## La obra misionera en África.

Las escuelas en la Misión de Fernando Poo.

ES la escuela diaria uno de los más poderosos auxiliares con que cuentan las iglesias. Cuando ha estado bien organizada y el profesor ha sabido aprovechar cada oportunidad que en ella se presenta para inculcar a sus alumnos las máximas cristianas, ha dado abundantes frutos. En España, donde la lucha religiosa es tan grande, tenemos buenas pruebas de ello. Todas las iglesias evangélicas cuentan con miembros que han conocido el Evangelio por haber sido discípulos de nuestras escuelas o familiares de los mismos. Han servido también en nuestra Patria las escuelas para que fuese desapareciendo la atmósfera de hostilidad que nos envolvía, por el desconocimiento de lo que éramos en realidad. Pero es un hecho, bien probado, que todo aquel que se ha educado en nuestras escuelas, podrá no ser un convencido, pero nunca es un enemigo.

Las circunstancias son un tanto diferentes aquí, en pleno campo misionero; pero la utilidad de la escuela resulta invariable.

Comprendiéndolo así, la Sociedad Misionera Metodista Primitiva, que sostiene la obra, dedica gran parte de su esfuerzo a la creación y sostenimiento de escuelas, y, en los sitios que la extensión y desenvolvimiento de la obra lo permite, tiene establecidos Institutos teológicos para indígenas. Con esto consigue mayor influencia entre los indígenas, y, como resultado, mayor extensión del Reino de Dios, además de realizar una obra verdaderamente civilizadora en estos países tan necesitados de cultura.

Por circunstancias especiales, no había podido en esta isla establecer las escuelas que hubiera deseado; pero de algún tiempo a esta parte, tras grandes esfuerzos, especialmente de los pastores aquí residentes, para vencer ciertas dificultades y poder allegar los fondos necesarios, se están organizando escuelas en los lugares en que la obra misionera deja sentir su influencia.

Ya la escuela de Santa Isabel pudo ser inaugurada el 15 de Agosto con gran alegría por parte de todos, misioneros, miembros de la Iglesia y amigos; pues unos con su trabajo, y otros con su ayuda financiera, todos han luchado con el mayor entusiasmo por la creación de esta escuela, de la que, con la ayuda del Señor, esperamos todos grandes resultados.

Aunque provisionalmente está funcionando en otro local, está a punto de terminarse un magnífico edificio de cemento armado, que reunirá excelentes condiciones de higiene y capacidad.

Con objeto de que el trabajo en todas las escuelas vaya al unísono, y en todas se empleen sistemas y métodos semejantes, se ha pensado en que el firmante

visite las demás escuelas que la Misión sostiene, con objeto de organizarlas e indicar a los profesores, todos indígenas, la manera de obtener el mayor fruto posible en sus trabajos.

Con esta honrosa misión sali de Santa Isabel, una tarde del presente mes, en una lancha motora, acompañado del reverendo Bell, superintendente de la Misión en Fernando Poo, para visitar San Carlos, la segunda población de esta isla, al Oeste de la misma, donde llegamos tras siete horas de navegación. Inmediatamente emprendimos la marcha a la Misión, que se encuentra a unos tres kilómetros de la playa, por entre un verdadero bosque de plantaciones de cacao y café, palmeras, plataneros, árboles gigantescos, cocoteros y vegetación, que, por lo exuberante, deja admirado y suspenso al europeo que la ve por vez primera.

El poblado europeo de San Carlos está situado en la playa, y se compone, principalmente, de algunas dependencias oficiales, como Delegación del Gobierno, un hermoso hospital, curaduría, puesto de la Guardia Colonial, etc., y varios comercios o factorías que abastecen de comestibles, ropas, herramientas y materiales a los poblados *bubis* (nombre de la raza indígena) y a los finqueros que, en crecido número y en bastantes kilómetros alrededor, poseen plantaciones de cacao y café, principalmente.

En San Carlos tiene la Misión una iglesia, dirigida actualmente por el reverendo Collins. El edificio, como casi todos los de este país, es de madera, y de cinc el techo, y es de una capacidad bastante grande. A sus reuniones asisten muchos indígenas de los poblados circundantes, que escuchan con verdadero recogimiento la Palabra de Dios.

En un edificio próximo se halla la escuela, dirigida por un joven indígena, y a la cual asisten unos 75 niños de ambos sexos. Es digno de citarse el hecho de que antes de crearse esta escuela los diferentes pastores que han tenido a su cargo la iglesia han prestado su ayuda a la enseñanza, dando particularmente algunas lecciones a unos pocos niños, y de entre estos alumnos ha salido el que actualmente desempeña el cargo de maestro.

Entre los alumnos hay bastantes que en esta escuela han aprendido a hablar, leer y escribir el español.

Hay a unos cinco a nueve kilómetros, respectivamente, de esta Misión y en direcciones opuestas, dos poblados *bubis*, Roimeriba y Balombi, donde desde hace pocos años se predica el Evangelio. Al principio, y tras luchar con muchas dificultades, como la falta de medios, la incompreensión y la marcha a través del bosque, se celebraban los cultos bajo uno de los árboles gigantes aquí muy frecuentes.

Pero como las viviendas de estos indígenas están muy distantes unas de otras, era una obra titánica ir de casa en casa, llamándolos a la reunión, cosa necesaria por carecer los indígenas de relojes.

La inteligencia discurrió un sencillo procedimiento de llamada. Este fué una botella, a la que se había previamente quitado el fondo y que se empleó como bocina. Cito este caso para que se vea que en la obra misionera es necesario hacer muchas cosas que causarían hilaridad en Europa; pero que aquí pierden su parte cómica por las condiciones especiales de estos pueblos, la falta a veces absoluta de medios y el objeto por que se realizan.

Actualmente, en Roimeriba la Misión ha hecho una modesta casita, y tanto aquí como en Balombi se celebra escuela dominical y cultos todos los Domingos, dirigiendo las reuniones varios jóvenes miembros de la iglesia de San Carlos, y una vez al mes el pastor.

En ambos sitios van a dar clase todas las tardes y a cada poblado dos alumnos de entre los más adelantados de la escuela de San Carlos, turnando en este trabajo ocho jovencitos, y asisten unos 15 niños, por término medio, en cada escuela, verdaderamente deseosos de aprender, como lo demuestra el caso siguiente.

Queriendo, hace algún tiempo, los niños de Balombi tener una escuela, pidieron al pastor de San Carlos unas chapas de cinc, y ellos solos, sin ayuda ni dirección de nadie, con madera que cortaron de la selva, sin labrar, hicieron un local en el bosque, como a la mitad del camino de San Carlos, para acortar la distancia a recorrer por los niños que fuesen a darles clase.

Si bien el local es muy rudimentario, no deja por eso de ser útil y tener moralmente más valor que muchas escuelas que poseen suntuosos edificios; y en este local, sin bancos ni material alguno, han estado bastante tiempo estos niños recibiendo las sencillas lecciones que los niños de San Carlos iban a darles cada tarde, y en este mismo local es también donde se celebra el culto los Domingos.

Ahora se les va a proporcionar bancos, encerados, tinteros, contador, etc., pues bien merecedores son de ayuda.

Tuve el placer de visitar esta escuela, acompañado del Rdo. Collins, y tras un paseo (verdadera excursión para un europeo) por entre el bosque ecuatorial, atravesando rápidos torrentes, pasando por entre una vegetación sólo conocida en países de igual latitud, donde muchas veces por la espesura no se ve el sol y donde abundan infinidad de animales de todas clases, que huyen a la presencia del hombre, llegamos al edificio, quizá único en el mundo, construido por los escolares y en medio del bosque.

No hubo clase, pues todos los niños del poblado estaban sacando aceite de la nuez de palmera, por ser esta época la de recolección; pero fué para mí muy grato ver que pueblos que viven en la mayor ignorancia y miseria sienten una tan grande sed de cultura, lo que nos hace suponer que Balombi será un buen campo misionero en el porvenir.

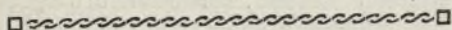


Después de comer unas ricas ciruelas silvestres, que tienen en el interior algo como espinas, emprendimos el regreso a San Carlos, cobrando Mr. Collins por un certero disparo una hermosa ardilla; y al día siguiente regresé a Santa Isabel satisfecho del viaje y gozoso al ver a todos animados del mayor entusiasmo.

Dios regará lo que unos y otros sembramos con tan buen deseo y habrá fruto para su gloria.

ANGEL PALOMEQUE

Santa Isabel, Octubre de 1927.



## LA ROSA DE PASIÓN

En los tiempos en que hablaban los pájaros y las flores, dos amigos ruiñeros animados comentaban la amena conversación que escucharon en un prado, entre el Girasol mimado y la Rosa de Pasión.

Sepamos también nosotros lo que las flores dijeron y las aves refirieron para enseñanza de otros; pues hay casos en la vida en que las aves y flores nos enseñan mil primores que a meditar nos convidan.

El Girasol ponderaba su costumbre, noble y rara, de mirar siempre a la cara del Sol, según caminaba; y ensalzaba de tal modo su peculiar movimiento, que se creía ¡un portento! un sér superior a todo.

Mas cuando llegó la vez a la Rosa de Pasión, con humilde discreción y con cierta timidez, su mérito declaró (si mérito puede ser lo que ella da a entender), y asimismo se expresó:

— Yo soy una pobre flor, de muy escaso atractivo; aunque corto tiempo vivo por voluntad del Creador, también tengo mi valor; y aun me tienen por hechizo, pues dicen que simbolizo La Pasión del Redentor.

Dicen (sea verdad o error) que tengo los instrumentos con los que dieron tormentos al Divino Salvador; pues llevo corona, clavos, y también tengo martillo; mas, al pensarlo, me humillo; no me glorio ni alabo.

Mas digo: Si el Dios benigno, sabio y potente Creador designó tan pobre flor para símbolo tan digno, al par de sentir tristeza, me creo privilegiada, y también me siento honrada y de ignorada belleza.

Mi rosál le podéis ver en jardines y praderas, cual confusa enredadera, y escondido, al parecer; y mis extraños colores son tan poco llamativos, que quizá tendréis motivos para elegir otras flores.

Pero, al fin, tan desgraciada y de aparente tristeza, no le envidio su belleza a la flor más apreciada; porque tengo por seguro que la que más gloria ostenta, al cabo no representa lo que dicen que figuro.

Y al morir, muero pensando que el pobre mortal no entiende, ni medita ni comprende lo que le estoy recordando; mas diré, sencillamente, lo que recuerdo al mortal mientras vivo en mi rosál olvidada injustamente.

Recuerdo el amor eterno de Dios y su gran bondad, dando a todos libertad del pecado y del infierno; recuerdo que Cristo vino para buscar y salvar al corrompido mortal que marcha por mal camino.

Recuerdo que su cabeza fué coronada de espinas, y que sus manos divinas y sus pies, con cruel vileza, traspasaron con los clavos y el martillo que yo ostento; y que sufrió tal tormento, por librar a los esclavos.

Y yo recuerdo también que su penosa Pasión trajo al hombre salvación, consuelo y eterno bien. Por tanto, tengo razón en aconsejar al hombre que no tenga en poco el nombre de... La Rosa de Pasión.

Así terminó la flor su interesante enseñanza, y con humilde bonanza dijo, movida de amor: El que se ensalza ante Dios, tendrá que ser humillado; en cambio, será ensalzado el que se humilla a su voz.

Gira en torno del Señor poniendo en Él tu esperanza, pues haciéndolo así alcanza su perdón el pecador; y así entrará en la mansión de Aquél que murió clavado para borrar el pecado y dar Paz y Salvación.

JOSÉ MORENO

Este número ha sido revisado por la censura.

Ayuntamiento de Madrid

## El Domingo de la Prensa 3.225,45 ptas. para ESPAÑA EVANGÉLICA

Una carta de Alemania,

«St. Wendel, 22 Noviembre 1927.

Muy estimado hermano: Me ha sorprendido mucho el llamamiento: «ESPAÑA EVANGÉLICA en peligro». Para los hermanos en España, los que tienen el privilegio de vivir en medio de una congregación con pastor, culto, sociedades de Esfuerzo Cristiano o Unión Cristiana de Jóvenes, tanto como para los que viven aislados, una revista tal como es nuestra ESPAÑA EVANGÉLICA es, después de la Biblia, tan necesaria como el pan. Y si no existiera, habría que fundarla. Reconociendo esto, creo que no debo faltar en esta acción de ayuda. En ésta le mando cinco dólares como un pequeño donativo de agradecimiento. Ha sido ESPAÑA EVANGÉLICA como un mensajero de saludos de mis hermanos en España.

Deseo para el futuro que nuestro Dios bendiga a los hermanos que trabajan en la redacción de ESPAÑA EVANGÉLICA, y haga de este periódico un instrumento bueno y útil para propagar el Evangelio, para alimentar y sostener a los hermanos en España y para ser un lazo que una a los hermanos de habla española en todo el mundo.

Quedo ss. afmo. s. y h., Adolfo Nitz.»

	Pesetas.
Suma anterior . . . . .	1.624,25
Adolfo Nitz, St. Wendel . . . . .	29,50
Anónimo, Madrid . . . . .	25,—
Iglesia Reformada, Tarrasa . . . . .	15,—
E. C., de la Iglesia de San Pablo, Barcelona . . . . .	15,—
Seis suscriptores, idem . . . . .	5,—
Iglesia Evangélica, Bailén . . . . .	5,—
Antonio Cabestany, Barcelona . . . . .	5,—
Josefa Grinón, idem . . . . .	5,—
Agustín Arenales, idem . . . . .	5,—
Rosa, Sara, Salomé y Antonia Marqués, Córdoba . . . . .	5,—
Francisco Perendones, Alicante . . . . .	4,55
Juan Sanz, Bailén . . . . .	3,—
Roque Suárez, Piedralabes . . . . .	3,—
Señores Zamora, Barcelona . . . . .	2,50
Antonia Pijoan, idem . . . . .	2,—
Señores Zapater, idem . . . . .	2,—
J. Cirera, idem . . . . .	2,—
Señores de Hoppe, idem . . . . .	2,—
R. y L., Madrid . . . . .	2,—
Señores Hoffman, idem . . . . .	1,50
Josefa Salat, idem . . . . .	1,25
Juanito Cabestany, idem . . . . .	1,—
Antonino Cabestany, idem . . . . .	1,—
Josefa Queral, idem . . . . .	1,—
Maria Barroso, idem . . . . .	1,—
Emilia de Hoppe, idem . . . . .	1,—
T. Canosa, idem . . . . .	1,—
Señores Soler, idem . . . . .	1,—
Maria Olmo, idem . . . . .	1,—
José Vila, Málaga . . . . .	1,—
Francisco Pérez, Enguidanos . . . . .	1,—
SUMA . . . . .	1.774,55



# INFORMACIÓN EVANGÉLICA

## La Semana de Oración.

Se aproxima la Semana Universal de Oración Unida, y con tal motivo nos es grato comunicar a los señores pastores que hemos hecho una tirada especial del programa con los temas para las reuniones, que publicamos hace pocas semanas en estas mismas columnas, y que ponemos a su disposición gratuitamente.

Los pedidos deben hacerse directamente a la Administración de este periódico, y serán servidos al momento.



## El Arbolito de Adviento.

El Domingo próximo, tercero de Adviento, se celebrará en las escuelas de la calle de Calatrava, 27, y Áncora, 13, a las cinco de la tarde, la fiesta del Arbolito de Adviento. La entrada es pública.



## Iglesia del Redentor, de Málaga. Una lápida.

El jueves 24 de Noviembre se celebró en esta iglesia una reunión fraternal, integrada por los miembros de la congregación y los jóvenes de la Unión Cristiana, a más de un buen número de amigos simpatizantes. Dicha reunión tuvo por objeto descubrir una lápida, que la Iglesia y la Unión Cristiana dedican a la memoria de su inolvidable pastor y presidente honorario D. Manuel Carrasco. La lápida, costeada por suscripción pública, es una hermosa piedra de mármol que mide un metro de ancha por 0,64 metros de alta, y se halla colocada en la parte izquierda de la mesa pastoral.

Presidió el acto la Junta local de la iglesia, bajo la dirección del nuevo pastor de la misma D. Claudio Gutiérrez Marín, quien le dió comienzo con las palabras rituales de apertura y la indicación del himno «A Jesucristo ven sin tardar...» Hizo uso de la palabra, en primer lugar, D. José Arroyo, socio de la Unión Cristiana y representante de la misma en dicha reunión. Sus cuartillas, muy sentidas y elegantemente escritas, rindieron un hermoso testimonio de cariño y gratitud a la memoria del querido amigo y maestro que partió de nosotros y vivirá para siempre en nuestro corazón. Las muestras de aprobación por parte de los concurrentes evidenciaron que supo el Sr. Arroyo interpretar el sentir de todos.

A continuación nos dirigió la palabra, en un estilo familiar y doctrinal, nuestro querido pastor, comentando brevemente



la inscripción de la lápida y afirmando que ella no es un triste epitafio a la memoria de D. Manuel, sino un cántico de alabanza a su vida y su obra, y exhortándonos a ser como él fué, para que también se puedan aplicar a nosotros, en nuestra muerte, las palabras contenidas en el versículo, resumen de la existencia del buen siervo de Dios, que hoy goza para siempre de la corona de gloria, premio de los vencedores en la grande y difícil carrera cristiana.

Terminó el acto cantándose el himno «La nave evangelista», seguido de una oración de gracias por nuestro pastor.

Fué una reunión sencilla y grata, donde por una vez más tuvimos la ocasión de recordar la honradez y laboriosidad de aquel que se esforzó por sembrar sin descanso la buena semilla de la salvación entre los hombres, y antepuso la gloria de Dios a la del mundo, haciéndose así merecedor de nuestra admiración y nuestro cariño. «El que se humilla será ensalzado.»



Sociedad de Esfuerzo Cristiano de la Iglesia de San Pablo, Barcelona.

Gracias sean dadas a Dios por su amor para con nosotros. — *Teófilo.*

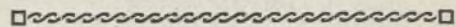


## Reuniones de Compañerismo.

*Barcelona.* — La Sociedad de Esfuerzo Cristiano de la iglesia evangélica de San Pablo (Diputación, 38) celebró el Domingo 6 de Noviembre tan simpática fiesta con extraordinaria animación.

El local estaba adornado con flores, y en el testero el bonito estandarte y la bandera nacional. Nuestro programa era bastante extenso, comenzando después de un himno y una oración, por un discurso-introducción de nuestro querido pastor Rdo Arenales; siguiendo después la representación de un diálogo titulado «Corazón», que interesó mucho por su gran enseñanza religiosa y moral. Después, algunas poesías, alternando con varios breves discursos alusivos al acto, con exhortaciones prácticas por los señores Araujo (Daniel), Morales y Canosa. Tuvo lugar después la lectura de mensajes de las Sociedades hermanas, hecha, por cierto, de modo original: apareciendo un grupo muy nutrido de señoritas que lucían hermosas bandas con los colores nacionales y los escudos de las distintas provincias en que hay Sociedades de Esfuerzo Cristiano, como se puede ver por el adjunto grabado, y en medio la presidenta con el escudo real, quien iba anunciando el mensaje de cada sociedad. Por último, varios niños de nuestra escuela dominical representaron una preciosa alegoría, «El arco iris», también de enseñanza religiosa, ideado y dirigido por nuestra querida hermana Srta. María Barroso. Todo ello amenizado con los más escogidos himnos, entre los cuales algunos a cuatro voces, muy bien dirigidos por nuestro maestro de música señor Morales; terminando, finalmente, nuestro pastor, con un breve resumen y la bendición.

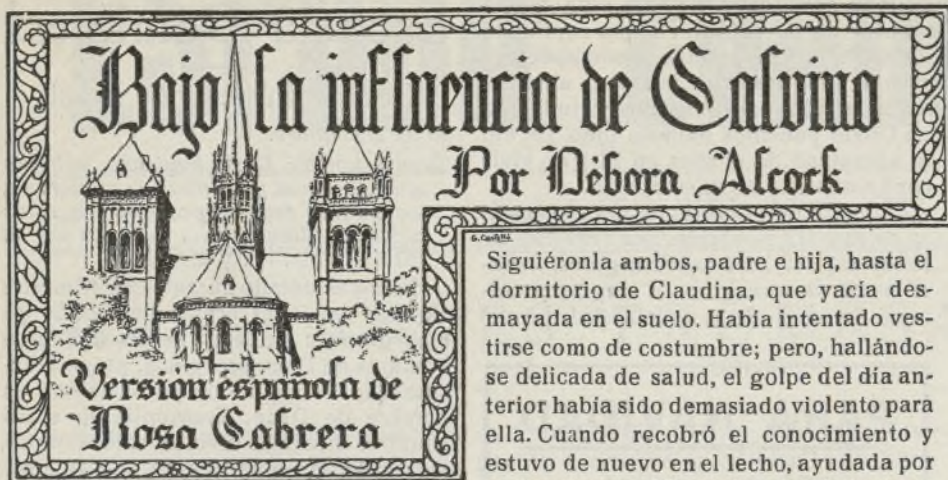
El numeroso público que llenaba nuestra capilla quedó complacido del acto, y los esforzadores de esta iglesia animados con los mejores deseos de trabajar cada vez con más entusiasmo por Cristo y por la Iglesia. — *María Hoffman.*



## NUESTRA ESTAFETA

- L. V. P. S., Castellón.* — Hemos repetido el paquete que solicitaba. Lo suponemos en su poder.
- P. de V., Córdoba.* — Remitidos los índices.
- N. B. M., Tarrasa.* — Hemos hecho su entrega a la Sociedad de Publicaciones Religiosas.
- D. P., Bielefeld.* — Hemos entregado los clichés al señor Fliedner, a fin de que los remita a usted por conducto de algún viajero.
- A. N., St. Wendel.* — Le hemos enviado todos los ejemplares que pedía.
- M. Z. H., Barcelona.* — No hemos recibido la carta para Carmen Padín ni el donativo.
- F. P., Enguidanes.* — Transmitimos su pregunta al señor Fliedner. Su pedido de libros pasa a la Sociedad de Publicaciones Religiosas.





(Continuación.)

Estas palabras parecieron tranquilizadoras a Berthelie que, no comprendiendo la profundidad e intensidad de las convicciones religiosas de Gabriela, pensó que se atendería a las circunstancias, cosa muy lógica en su opinión, alegrándose de haberla puesto desde niña bajo la tutela de su hermana.

— Lo que se necesita es llegar al hogar — continuó Gabriela —, y creo que yo llegaré pronto allá.

— ¿Qué quieres decir con eso, hijita?

— Una cosa que no puedo explicarte a ti ni a nadie. Creo que Dios no me dejará vivir en tierra extranjera, porque sabe que no podré resistirlo. Si tiene dispuesto que yo muera por Él, como tantas otras mujeres y niñas, lo mismo que hombres, me dará fuerzas para resistirlo, aunque no creo que lleguemos a ese extremo, porque Él tiene otros caminos. Presiento que ninguna mano me tocará fuera de la suya, que no hiere, y entraré en un hogar mejor aún que el de Ginebra. Tú, padre, también vendrás allá antes de mucho.

— Si, hija mía, muy pronto — dijo Berthelie conmovido, y guardó silencio no queriendo empañar la sencilla fe de la niña ni aun con una palabra. Al fin añadió: — Dime ¿qué puedo hacer por ti, Gabriela?

— Nos quedan dos días aún, padre. Quiero dejar recuerdos a mis amigos y vecinos, y despedirme de todos ellos. A ti te dejaré mi Nuevo Testamento francés; yo me llevaré la Biblia, y tengo que pensar lo que daré a tía Claudina y a Margarita... y, ¡oh, padre!, otra cosa.

— ¿Qué es ello, corazón mío?

— Es sobre Norberto, el pobre Norberto, que tanto nos quiere. Tengo la seguridad de que sufre mucho por ser su padre principalmente la causa de esto. Te suplico que vayas a verle y le consueles. ¿No sería bueno ir a buscarle para que se desayune con nosotros hoy que, según creo, hay vacación en la escuela?

— Voy a llamarlo — dijo Berthelie algo consolado con la idea de hacer algo por ella; cuando se levantaba de la silla se presentó Margarita en la puerta con el rostro descompuesto, llamando a su amo.

Siguieronla ambos, padre e hija, hasta el dormitorio de Claudina, que yacía desmayada en el suelo. Había intentado vestirse como de costumbre; pero, hallándose delicada de salud, el golpe del día anterior había sido demasiado violento para ella. Cuando recobró el conocimiento y estuvo de nuevo en el lecho, ayudada por su hermano y Margarita, trató de tranquilizarlos diciéndoles que aquello no era nada más que una debilidad pasajera, que fueran a desayunarse mientras descansaba un poco, y después se desayunaría también ella.

Pero estaba tan pálida que Berthelie al salir del dormitorio dijo a las mujeres:

— Voy a ver a maese Aubert para que venga y la visite, y de paso me traeré a Norberto.

No tardó Berthelie en regresar con Aubert, el síndico farmacéutico, el cual no dió importancia a la enfermedad de la señorita Claudina, si bien le recetó una pócima muy desagradable, encargándole que permaneciese acostada.

— No he podido encontrar a Norberto — dijo Ami a Gabriela cuando se retiró el síndico —. Anoche le contó maese Antonio toda la historia completa, tal como es, y el muchacho, sin decir una palabra, tomó la gorra y se marchó. Desde entonces ni ha vuelto ni nadie le ha visto. Van a ir a preguntar a los centinelas si pasó anoche por alguna de las puertas.

— ¡Pobre niño! — exclamó Gabriela con lástima. Aunque tenía los mismos años que ella lo consideraba como un hermano menor, casi un niño. No tuvo, sin embargo, ocasión de pensar en él, porque, a pesar de la medicina recetada por Aubert, o quizá a consecuencia de ella, Claudina, aun sin estar enferma de gravedad, tenía mal suficiente para necesitar una atención constante, siendo evidente que ella, por lo menos, no podría acompañar a la niña a su destierro, Gabriela tendría que partir sola, y en lo profundo de su corazón comprendía que era mejor así.

Entre tanto, Berthelie tuvo una inspiración. Una cosa, y muy importante podía hacer aún por su niña. Enviarla a Saboya con un cargamento de ropas y objetos de uso personal sería peor que inútil, porque todo cuanto ella usaba no convenía ya con su nueva posición; pero el dinero era otra cosa, porque se usa siempre y en todas partes. La tranquilidad de Gabriela, y especialmente el medio de ponerse en comunicación con sus antiguos amigos, podía depender de que los tuviera. Una buena bolsa de doblones, contantes y sonantes, sería su mejor amigo en tierra extraña; pero, ¿cómo po-

dria dárselo él, cuya modesta renta apenas bastaba para las frugales necesidades de su casa?

Había, sin embargo, un medio. Entre él y su primo, lejano en más de un concepto, Filiberto Berthelie, jefe de los libertarios, no reinaba la mejor armonía; pero éste se acordaba de que Ami había sufrido por su padre, y le había prestado cuantiosas sumas, que no le fueron devueltas; y, más de una vez, con la ligereza de su carácter, le había dicho que, si en alguna ocasión necesitaba un puñado de doblones, acudiese a él.

Filiberto era despilfarrador en sus gastos; pero, aunque negligente y disipado, tenía algo de la sencillez y buena voluntad de su padre, y Ami no dudaba de que le ayudaría en aquella ocasión tan penitosa.

Filiberto y Perrin, a la cabeza de un grupo de libertinos desterrados, se habían establecido en Pregny, lugar distante unas cuantas leguas de Ginebra, aunque estaba situado en el territorio de Berna.

Allí se encontraban en salvo y preparaban la manera de trastornar el régimen nuevo y fomentar las discordias de la ciudad. Ami Berthelie no tenía más que hacer que alquilar un caballo, ir a Pregny, explicar sus deseos a Filiberto y regresar a la caída de la noche, llevando consigo esa carga de oro que, según dicen, es el peso más ligero.

A nadie comunicó su idea, manifestando sólo que un negocio importante le obligaba a ausentarse y que volvería aquella misma noche, a ser posible, o en su defecto a la mañana siguiente.

Gabriela pensó para sí cuál sería el negocio que le inducía a alejarse de ella durante la mayor parte del poco tiempo que podían pasar juntos antes de su separación; pero la confianza absoluta que en él tenía le obligó a guardar silencio, aunque sin quedar satisfecha.

(Continuará.)

## ESPAÑA EVANGÉLICA

### PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

#### Precios de suscripción:

Un año . . . . .	8 pesetas
Seis meses . . . . .	4 "
Extrajero: Un año . . . . .	15 "
Seis meses . . . . .	8 "
América: Un año . . . . .	2 dólares
Seis meses . . . . .	1 dólar

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.  
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

TELÉFONO 33.590.



## Esfuerzo Cristiano

### La bendición del hogar.

Dom., 18 de Dicbre. Efesios, 6, 1-18.

#### Lecturas diarias.

Lunes . . .	Un efecto. . . . .	Marc., 2, 29-31.
Martes . . .	Pureza. . . . .	1.ª Tim., 3, 7.
Miércoles . . .	Paciencia. . . . .	Col., 3, 17-24.
Jueves . . .	Servicio. . . . .	1.ª Tim., 5, 4-8.
Viernes . . .	Buenos vecinos. . . .	Marc., 12, 31.
Sábado . . .	Recibe a Cristo. . . .	Apoc., 3, 20-22.

#### Notas de introducción.

Una de las mayores bendiciones que gozamos en el mundo es el hogar. Nada en esta vida puede reemplazar los sanos gozos, las excelencias de nuestro hogar, porque nada nos satisface tanto como estar con los seres queridos, al lado de personas de nuestra familia.

Pero aun las cosas mejores pueden malearse como Cristo no esté en ellas. Por eso en el hogar en que Cristo no mora, reinan las envidias, las rivalidades, las discordias; y lo que debía ser la morada de la paz y del amor es lugar de guerra y de odios. No descansen hasta tener la seguridad de que Cristo reina en nuestra casa.

#### Pensamientos.

Si no somos cristianos en el hogar, difícilmente podremos serlo en otra parte.

Pensad y hablad con frecuencia de Cristo, cual si actualmente fuera un huésped de nuestra casa como lo fué en casa de Lázaro, en Betania.

Un buen propósito sería recordar por la noche, todos los días, las visitas que habéis tenido. ¿Fuisteis con cada una tan atentos y amables como podíais haber sido?

Vuestra casa es un pequeño mundo; como viváis con Cristo en ella, no hallaréis dificultad para vivir con Cristo en el mundo exterior.

#### Temas para pensar.

¿Cómo nos ayuda el hogar a andar por el mundo?

¿Cómo podemos hacer de nuestras casas una inspiración para los que se hallan fuera?

¿Por qué debiera hacerse en cada hogar el culto de familia?

#### Ilustraciones.

La fe debe ser el fundamento del hogar: fe de unos en otros, fe en Dios, fe en el mundo de Dios. Muchos hogares carecen de toda base, y el primer huracán de dificultades los derriba.

La sinceridad viene a ser como las ventanas del hogar. Debemos ser perfectamente sinceros y honrados en todos los negocios del hogar, pues de otro modo no penetrará en él luz alguna.

La Biblia es la comida del hogar verdadero. Si no se lee diariamente en cultos o reuniones de familia, el resultado para nuestra alma será lo que una cocina y una despensa vacías serían para nuestro cuerpo.

#### Sociedades infantiles.

Confianza en Cristo.

Dom., 18 de Dicbre. Jer., 17, 7 y 8.

Estudiamos hoy uno de los genuinos deberes del cristiano, y de consiguiente,

de todo esforzador. Nuestra vida espiritual ha de descansar en una confianza ilimitada en Cristo. Nada bueno podemos esperar de nosotros mismos, ninguna fuerza, ningún éxito, ninguna virtud. Pero en Cristo podemos hallarlo todo. De ahí la necesidad de confiar en Él y de vivir continuamente en su compañía.

La unión con Cristo nos dará la certeza de nuestra salvación, nos revestirá de fortaleza, nos hará sentir seguros, llenará nuestros corazones de alegría y colmará nuestras almas de felicidad.

## PARA NAVIDAD

### Oferta especial.

#### "El Amigo de la Infancia"

	Pesetas.
Hojas sueltas, el ciento . . .	1,—
Meses enteros, veinte ejemplares . . . . .	1,—
Colecciones de años completos:	
Sin encuadernar . . . . .	1,—
Encuadernadas . . . . .	2,—
Encuadernación de lujo . . .	2,50

#### Textos bíblicos de pared.

Grandes, 17 × 24 cm. . . . .	0,75
Pequeños, 8 × 12 cm. . . . .	0,30

#### Vales para escuelas.

Cuadros bíblicos, el ciento . . .	2,50
Textos con flores, el ciento . . .	2,—
El Buen Pastor:	
12 textos diferentes ilustrados, para niños . . . .	0,75

Para felicitar la Navidad y Año Nuevo.  
Preciosa tarjeta con el portal de Belén:  
Veinticinco céntimos.

#### Pedidos a D. Juan Flíedner

Calatrava, núm. 27. - MADRID (5)  
Teléfono núm. 17.433

## Poesías Religiosas y Morales del Obispo Cabrera.

Copiosa colección de las mejores poesías de ilustre poeta evangélico.

Precio: 5 pesetas.

A nuestros abonados:

3,25 pesetas.

En todo caso, libre de porte.

Pedidos a la Administración  
de esta Revista.



Ayuntamiento de Madrid

## Escuela Dominical

### Revista: Profetas de Israel.

18 de Diciembre.

TEXTO AUREO: Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo. — Heb., 1, 1 y 2.

Hemos estudiado durante este trimestre algunas lecciones acerca de seis de los más grandes profetas hebreos. Fueron hombres de Dios, escogidos, preparados, llamados e inspirados para hablar en nombre de Dios. Transmitieron a los hombres mensajes divinos; amonestaron, reprendieron, amenazaron, consolaron, anunciaron bendiciones venideras, todo de parte de Jehová. Dios habló por medio de ellos.

Elias, el profeta de fuego, luchó contra el paganismo que había invadido a Israel en los días de la reina Jezabel. La prueba propuesta por él y realizada en el Monte Carmelo demuestra la grandeza de su fe y de su valor. Hombre de pasiones semejantes a las nuestras, como dice Santiago, al día siguiente cayó en el más profundo desaliento. «La divina respuesta» le enseñó que Dios tiene, aun en los peores tiempos, más almas fieles de lo que parece.

Eliseo, el fiel discípulo de Elias, obedeció humilde y alegre el llamamiento de Dios. Dejó la vida tranquila y segura de labrador por la misión penosa y peligrosa del profeta.

Amós, el profeta boyero, nos muestra cómo puede Dios hallar instrumentos aptos entre los hombres de más humilde condición. Es el profeta de la justicia social.

Oseas lo es de la misericordia divina. ¿Cómo puedo dejarte, oh Efraim? El corazón de Dios está lleno de compasión hacia sus hijos extraviados.

Miqueas, otro profeta aldeano, es también un defensor de los pobres y de los oprimidos. Nos enseña que Dios pide del hombre cosas razonables: hacer lo justo, amar la misericordia y humillarnos para caminar con Él.

Isaías es el profeta evangélico por excelencia. Su llamamiento tuvo lugar con una visión de Jehová como el Dios tres veces Santo. Dios lo es todo; el hombre no es nada. La altivez de los hombres será humillada y sólo Dios será ensalzado. Dios no quiere culto sin rectitud de corazón, sacrificios sin obediencia a sus mandamientos. Isaías es el profeta más citado en el Nuevo Testamento. Juan nos dice que Isaías vió la gloria de Cristo y habló de Él.

## OFERTAS Y DEMANDAS (25 céntimos línea.)

FERNANDO Durán, representante evangélico. Se ofrece a los hermanos. San Andrés, 41 y 43. La Coruña.

SE desea mujer evangélica de 50 a 55 años, para los quehaceres de la casa. Poco trabajo. Trato de familia. Dormir en su casa. Razón: Cabañas, 103, quinto segunda. Barcelona, Pueblo Seco.